

**ALFONSO DE VALDÉS, AUTOR DEL
*LAZARILLO DE TORMES.***

Rosa NAVARRO DURÁN

(Madrid: Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, segunda edición con un apéndice, 2004, 284 páginas).

Proponía Joseph V. Ricapito (1976) “una hipótesis arriesgadísima” para el *Lazarillo*: la autoría de Alfonso de Valdés; y afirmaba que, si no era éste el autor, “tuvo que ser alguien semejante a él”. Después de haber editado cuidadosamente los dos *Diálogos* de nuestro humanista, Rosa Navarro relanzó aquella atribución, ahora sustentada en impresionantes argumentos, explicando además la “mutilación del texto” en su principio y otras claves de la obra. Las primicias aparecieron en *Ínsula* (enero-febrero y junio 2002) y pronto se recogieron en un librito (Salamanca: SEMYR, 2002). Al año siguiente nos llegaron las ediciones de Milagros Rodríguez Cáceres (Barcelona: Octaedro) y de la propia Rosa Navarro (Cuenca: Alfonsópolis), ambas con introducción de ésta, y la primera versión del libro que nos ocupa. Como normal desarrollo de su decisivo capítulo 7, sale un nuevo título: *Lazarillo de Tormes y las lecturas de Alfonso de Valdés* (Cuenca: Diputación, 2004). Como el árbol se va haciendo más frondoso, jóvenes ramas enriquecen esta segunda edición “con apéndice” (pp. 197-275). Y el fértil crecimiento no se detiene, como podemos comprobar en este mismo número de *Garoza*.

Si bien el secretario de cartas latinas del Emperador se ajustaba sobremanera al retrato-robot trazado por los estudiosos, presentaba el serio inconveniente de haberse muerto en 1532. Si las Cortes de

Toledo mencionadas en el *Lazarillo* eran las de 1538 —y no las de 1525—, Alfonso quedaba descartado como padre del pertinaz anónimo. La enorme autoridad de Bataillon, al retrasar la fecha de composición, había inclinado la balanza en tal sentido. En suma, la atribución al conque solía despacharse en un par de líneas.

La Profesora Navarro Durán, con una datación más temprana, logra encajar la cronología interna del relato con los hechos históricos (1510-1525). Sin embargo, era preciso cotejar la novela con los *Diálogos* valdesianos (otro género, otro registro expresivo), reconstruir la biblioteca de Alfonso y “hallar el rastro literario de las ediciones perdidas” o de lecturas en un manuscrito. La suma de felices intuiciones y pacientes rastreos logra tejer una fina red de intertextualidades.

Pero debo centrarme en la parte nueva (adenda), que corrobora y refuerza lo dicho en 2003. Enlazando con ello, se insiste en la declaración —que no carta— de Lázaro; el “caso” y la posible destinataria a quien se cuenta; y la figura del clérigo amancebado a la luz de un proceso real. El amplio apartado segundo resume las lecturas de Valdés que se examinaban en el libro publicado en Cuenca que antes he citado; según advierte la autora, aquí sólo se aporta un ejemplo de cada lectura (*Decamerón, Novellino, Vida de Esopo...*), con dos novedades: *Vita Christi* de Fray Íñigo de Mendoza y la obra de Encina; desaparecen, en cambio, dos epígrafes: romances y canciones y las cartas sobre el saco de Roma. Palabras, expresiones, objetos, tipos, escenas y motivos —como en la anterior fase de la investigación— permiten vislumbrar el perfil lector de nuestro prosista.

No todos los ejemplos, por supuesto, tienen el mismo valor probatorio. Expresiones como “tomar de la mano” o “la cosa del mundo que yo más quiero”, que aparecen en los libros de caballería, quizá ya andaban en boca de muchos. En cambio, resulta sorprendente la conexión con el *Novellino* de Masuccio Salernitano (falso milagro, arcipreste indiscreto), entre otros varios casos. Con gran honradez intelectual, Rosa Navarro jerarquiza los ecos literarios, desde la coincidencia dudosa hasta la concordancia clarísima o la cita encubierta, distinguiendo lo que Valdés leyó y lo que pudo leer. El

resultado me parece cualitativa y cuantitativamente abrumador, porque al final cada detalle que se alumbra encaja en la lectura global propuesta.

Tampoco se descuida en el apéndice el flanco histórico, ya planteado en el capítulo 4; ahora se evoca a García de Loaysa, el poderoso enemigo de Valdés; dos procesos de la Inquisición (uno de ellos, contra un tío del escritor); la identidad del Comendador de la Magdalena, otro eslabón erasmista; tres aspectos de la vida cotidiana de la época; y la mención de Lazarillo en *La Lozana Andaluza*, relacionada con la identificación popular entre Lázaro y Carlos V (si la cronología que se postula es la correcta, curiosamente ambos tendrían la misma edad).

Concluyen —por ahora— adenda y libro sugiriendo que Sebastián de Horzco leyó nuestro clásico antes de 1538 e incorporó con evidente torpeza al ciego y su criado en una de sus *Representaciones*. La argumentación es aguda, pero podría dársele la vuelta y entenderse el ciego de Horzco como pálido y soso precursor del primer amo de Lázaro. Creo que esta parte de la investigación de la Doctora Navarro es la que más debe crecer —y lo hará, sin duda—: a falta de la andadura italiana y centroeuropea del manuscrito y de las ediciones perdidas, localizar sus huellas en textos anteriores al año 54. De documentarse esto con la finura y contundencia con que se exhumaron las lecturas valdesianas, quedaría redondeada una labor filológica modélica desde su comienzo.

Alfonso de Valdés, después de sus polémicos *Diálogos*, habría seguido el envenenado consejo de su enemigo, el nuncio de Castiglione: “dovevate pigliare soggetto meno importante”. La humildad del asunto no le impidió lograr su obra maestra. Mucha luz está arrojando Rosa Navarro con su mirada al texto y su autor, ya que “las palabras que elige, la invención que adopta para dar forma a lo que piensa o quiere decir, se nutren esencialmente de sus lecturas”.

José Ángel Fernández Roca
Universidade da Coruña